

ha sido escrito ó en el ferrocarril, ó en los hoteles de las estaciones, mientras esperaba un tren ó finalmente, en los momentos que podía hurtar á mi labor de Tuskegee. Sin el concurso generoso é infatigable de M. Max Benett no habría podido salir adelante satisfactoriamente con mi empeño.

PREFACIO DEL TRADUCTOR

Los Editores de este libro creen ofrecer al público español una obra educadora y práctica. En todo el año 1901 no se conoció volúmen que pareciera de más importancia ó de más interés al público de los Estados Unidos, según afirma un periódico de Chicago. Otro periódico le llama la segunda «Cabaña del Tío Tom». Federico Harrison, el impecable crítico inglés, dice de él que es «una de las biografías más asombrosas de nuestros tiempos». Finalmente, Othon Guerlac, el traductor francés, que recoge todas estas opiniones al frente de su traducción, añade que la obra de Booker Washington «es una preciosa contribución á la historia social de los Estados Unidos en los comienzos del siglo xx».

Nosotros vemos, principalmente, en SALIENDO DE LA ESCLAVITUD, la eficacia constructora y normativa de uno de los tratados de educación

más sólidos que se han escrito en estos tiempos.

Las ediciones de este libro se han multiplicado en América, desde su aparición. En las Bibliotecas populares rivaliza el número de sus demandas con el de las más apasionantes novelas históricas y de aventuras que constituyen, todavía, el pasto favorito de aquel público primitivo, en materia de arte y de literatura. Booker Washington ha sobrepujado, con el éxito de su prosa honrada y simple, el de Federico Douglass, el negro abolicionista, con *Mis años de esclavitud y de libertad*, y el de miss Mary Mc Lane, la inspirada, con la sorprendente y caprichosa *Historia de mi vida*.

Ni las galas del lenguaje, reducido á las sobrias proporciones de un medio de expresión claro y sincero, ni la emoción patética de maravillosas aventuras novelescas, podrían explicar este éxito de público logrado por nuestro autor. Nada, á la vez, más alejado de la retórica en la forma, y de la fantasía en el fondo, que su obra. Fuerza es, por consiguiente, buscar la razón de la popularidad lograda por ella lejos de sus méritos artísticos ó literarios.

En SALIENDO DE LA ESCLAVITUD hace Booker Washington la historia de su vida. Esta historia comienza en un plantío de la Virginia, en plena esclavitud, y termina en Tuskegee, ante la mesa del director de un *Instituto Normal é Industrial*, en cuyos terrenos se levantan cuarenta edificios, cuyo capital asciende á medio millón de dollars, cuyos alumnos sobrepujan el millar, y que es generalmente conocido con el nombre de «Universidad de los negros». Booker Washington narra simplemente los pasos que ha dado para llegar de la cabaña al Instituto y las observaciones que han determinado su plan pedagógico para sacar, de hecho, á la raza negra de la esclavitud. En su libro hay las dos cosas que aprecia más el pueblo—y estamos por decir la humanidad—del siglo xx: hechos y datos. Vigorizando los unos sopla una fuerte corriente de *voluntad*, y, agrupando los otros, para organizarlos en doctrina vela, grave y continua, una serena *razón*. Voluntad y razón ocupan, en nuestro libro, el lugar de arte y literatura. Apresurémonos á decir que ambas cosas están aquí en su verdadero lugar. Tratábase de trasladar

una vida desde los abismos de la esclavitud y la ignorancia á la plena posesión de la libertad en un medio civilizado: la voluntad sirvió para llevar á cabo el tránsito. Con la fuerza expansiva de su generoso movimiento necesitó esta vida influir en las demás y arrastrarlas en su evolución: la razón intervino entonces, creando el instrumento necesario para el caso nuevo: toda una educación, toda una pedagogía nueva. Lo que apasiona en este libro es la sincera expresión de una realidad triunfante. La tensión del esfuerzo realizado halla su compensación armónica en la completa utilización á que se aplica. Las aberraciones de una fantasía indómita ceden el sitio al laborar paciente de una voluntad que sabe adónde va y por dónde va. El sentimiento instintivo de la raza, que pudo ser un lujo pasional y teatral en los comienzos de la campaña abolicionista, no asoma en Booker Washington más que como un determinante más de su vocación y de su función pedagógicas. Cuando su raza va por mal camino, no halaga á su raza. Conoce los defectos de los negros más á fondo que sus mismos detractores. Sabe

tener razón en todo cuanto dice. Todo en él converge á la misma empresa grande: educarse y educar á los suyos. No hay una vacilación, no hay un minuto perdido en todo el libro. La vida paciente y voluntariosamente cultivada le ha dado el ciento por uno. Su empresa, que apasiona y entenece en los comienzos, deja en el alma, después de realizada, una comfortable serenidad y una sana confianza en el poder de la naturaleza humana. Creemos que la verdad y la noble serenidad con que el autor nos cuenta los pasos de su vida son el primer elemento del éxito que ha tenido su obra. En seguida contribuye al mismo lo que llama Booker Washington el carácter de realidad de toda biografía. Nos gusta saber positivamente, mientras leemos, que todos aquellos hechos que nos apasionan, nos conmueven y nos educan, han sido realizados por una persona viva y no imaginaria; han desarrollado su influencia entre un círculo de hombres de carne y hueso y están á nuestro alcance porque otros, antes que nosotros, los han llevado á cabo. Una alta ejemplaridad brota del libro. Rebasando de nuestro

entendimiento lubrica los resortes de nuestra voluntad. No satisface un simple deseo de curiosidad, sino que atiende y cura nuestra sed moral. Es una biografía que puede hacer hombres, enriquecida de una pedagogía que fatalmente ha de hacer ciudadanos.

*
* *

Dos cuestiones primordiales forman, por decirlo así, el ambiente propio de los hechos que se explican en este libro. Una, hasta cierto punto, restringida; la otra de interés universal: la primera es la llamada, en el Norte de América, la *cuestión negra*; á la segunda, el propio Booker Washington la llama *educación profesional*. Creemos que algunas palabras sobre aquel problema de razas y sobre esta rama de la pedagogía prepararán bien al lector para entrar con el interés más despierto en la lectura de este libro.

Cuando se habla de la *cuestión negra* suelen encoger los hombros desdeñosamente las gentes

de por acá. O ignoran en absoluto los hechos en que dicha cuestión pueda basarse ó, si han viajado, si han leído un poco y se las dan de liberales y progresivos, creen que dicha cuestión no existe porque, en su opinión, todos los hombres son iguales y porque la Revolución francesa ya nos ha dicho aquí la última palabra respecto á los *derechos* del hombre. Hagamos notar, de paso, que ninguna revolución nos ha hablado todavía de los *deberes* del hombre. Esta segunda actitud no acusa menos ignorancia que la primera. Las grandes verdades sociales atraviesan un período hipotético antes que la práctica las encarne y realice. Ha sido necesaria nada menos que la Revolución francesa para establecer la igualdad de derechos entre nosotros, hombres de Europa, que tenemos aproximadamente la misma edad social y que hemos marchado formando una falange única por el camino del progreso, y pretendemos que la dificultad no suba de punto en América, donde *nueve millones de negros*, ayer en la esclavitud y casi en el salvajismo, son repentinamente declarados ciudadanos americanos y tienen que

marchar, desde aquel punto y hora, de consuno con hombres que ya llevan diecinueve siglos de civilización. La serena palabra de Abraham Lincoln emancipando á los nueve millones de esclavos afro-americanos merecerá la aprobación de todos los filósofos; pero se habría atascado en los labios de cualquier otro político menos seguro de su razón y de sí mismo que el glorioso Presidente. Desde el momento en que la abolición de la esclavitud fué un hecho en América, surgió allí el problema tal vez más difícil de resolver que se ha ofrecido nunca al Gobierno de un Estado. Gentes que comenzaban su camino social y gentes que llevaban siglos recorriéndolo debían gobernarse por las mismas leyes, reivindicar los mismos derechos y, en una palabra, vivir la misma vida, dentro de las mismas condiciones. Si á esto añadimos la diferencia de razas que, por lo menos, las condicionaba diferentemente para comportarse en la vida; la herencia de odios entre esclavos y propietarios acostumbrados á considerarse mutuamente, no ya como de raza distinta, sino como enemigos natos, y las condiciones en que la abo-

lición se proclamó, viniendo, como una imposición del Norte triunfante, á trastocar toda la vida del Sud, donde los esclavos habían entrado á formar parte de las costumbres, se comprenderán un poco las dificultades del problema, que todavía no ha encontrado una solución satisfactoria á los cuarenta y dos años de haberse planteado.

Las últimas estadísticas establecen un total de cinco negros por siete blancos en la Virginia; cinco negros por seis blancos en la Alabama, la Georgia y la Florida; un blanco por un negro en la Luisiana; cuatro negros por tres blancos en el Missisipi, y cuatro negros por dos blancos en ambas Carolinas. Como afirma el propio Booker Washington, son (únicamente en el Sud) unos dieciséis millones de brazos que, fatalmente, han de ayudar al Estado á levantar la carga de la cosa pública ó han de pesar sobre ella, como un peso muerto, para sepultarla. Esta era la situación, al comenzar, después de la abolición de la esclavitud, el nuevo estado de cosas. Por lo que puede rastrearse del propio libro cuya traducción ofrecemos al público es-

pañol, nada más desconsolador que la situación de espíritu de los negros al comenzar esta decisiva etapa de su vida. Entre tantos millares, se contaban por los dedos los que supieran leer. El régimen de la esclavitud, al quitarles toda libertad, les había privado de toda iniciativa. La sumisión al palo había arrancado de sus almas todo sentimiento de responsabilidad. Como en la esclavitud no vieran más que perpetua privación y perpetuo trabajo, no podían imaginarse la emancipación más que como satisfacción y holganza perpetuas. La ignorancia les había hecho supersticiosos; la vigilancia de los capataces, hipócritas; la carencia de hogar, sensuales; la falta de propiedad, vagabundos: sin una cierta riqueza sentimental que debían á su naturaleza de meridionales, las represalias de aquellos millones de hombres lanzados repentinamente á la plenitud de todos los derechos de los ciudadanos hubieran sido feroces. Los blancos que los emanciparon habrían recogido la herencia sangrienta de los dominadores. Todavía late algo de este espíritu vengativo en las páginas de Frederik Douglass y de los gran-

des apóstoles de la abolición. Todas las medidas de prudencia parecían excusables por parte del Gobierno en las proximidades de la peligrosa reivindicación. Cuando la esclavitud, llegando á la exageración mayor del régimen odioso, había hecho de los negros magullados y tundidos, ciegos por la ignorancia, rapaces por la miseria, sanguinarios por el afán de represalia, poco menos que fieras acuciadas, se comprende que un Gobierno, veedor del peligro, dejara llegar las cosas al extremo antes que intervenir para realizar ese acto tan sencillo, que las circunstancias hacían heroico, y que consistía en declarar que nueve millones de hombres tenían derecho á ser hombres. Por un momento, en los negros días de los furiosos *lynchamientos* debió cruzar por la conciencia en alarma del Sud, el confuso propósito de suprimir el problema antes de resolverlo, y hubo predicadores de la exterminación, como hubo apóstoles del abolicionismo. Afortunadamente, el acto positivo del Gobierno vino á establecer legalmente la igualdad civil de entrambas razas. Desde aquel momento, la cuestión política se convertía en una

cuestión humana; lo que habían impedido las leyes, iban á realizarlo los hombres, y las dos razas, iguales en el derecho, podían ser hermanas en la compleja baraúnda de la vida. Albo-reaban los días generosos en que el esfuerzo personal recibiría una justa recompensa. La raza se desvanecía desde el momento en que se le permitía el libre gesto al individuo. Acababa la misión de los apóstoles y de los políticos. Era preciso abandonar las grandes ideas generales para que el principio de la abolición de la raza viviera, con actos, en cada uno de sus individuos. Para resumir nuestro pensamiento en dos nombres, la misión de Frederik Douglass se cerraba triunfalmente y comenzaba, dura y laboriosa, la misión de Booker Washington.

Los negros habían recibido su libertad como un beneficio tan inmenso que les hizo olvidar todos los horrores de la esclavitud. El bálsamo fué tan eficaz que, á su contacto sólo, cicatrizó la herida. Únicamente la libertad tiene poder para borrar de esta manera toda la sangrienta huella de los despotismos. Aquellas espaldas curvadas por el hábito de la faena, aquellas frentes que

la Naturaleza había ensombrecido providente, para evitarles el sonrojo de la afrenta, aquellos ojos que lloraban lágrimas de sangre en los años de su humillación, al recibir el bautismo de libertad, curaron como por ensalmo y, fortificados de humanidad, no vieron en sus antiguos amos más que hombres y, por consiguiente, hermanos. Una alegría tan intensa ablandó las entrañas de la raza, al sentirse reintegrada en sus derechos, que la mañana de la abolición fué una mañana de cantos, de plegarias y de lágrimas de satisfacción. No puede citarse el caso de un solo esclavo, por grandes que fueran las ofensas recibidas de sus amos, que se aprovechara de la libertad para tomar venganza de ellas. Cuando el hombre ha conquistado la libertad, su alma ha acabado de pedir. En adelante, todo trabajo recaerá en sí mismo para perfeccionarse cada día y progresar fácilmente en la libre armonía de sus relaciones con sus semejantes.

Esta necesidad de perfeccionamiento y de progreso la sintió la raza negra, desde el día que sucedió á la abolición. Cuando la raza no fué ya una traba para el individuo, éste, sueltas

para siempre las violentas ataduras, rompió á andar. No pongamos á cargo de la raza negra únicamente los errores y las faltas de estos primeros pasos aventurados torpemente por el camino de la civilización. Dadas las mismas circunstancias, el hecho se reproduciría en cualquier otro país y por individuos de cualquier otra raza. En aquel brusco tránsito de la esclavitud á la ciudadanía, el más íntimo y poderoso deseo del negro era adquirir plena conciencia de su libertad. No le bastó que le afirmaran que era libre. ¡Tantas veces se había dormido con la esperanza de serlo y le habían despertado á primo día las voces y los latigazos del odiado capataz! El negro quería hacer uso de aquella libertad que, por lo menos esta vez, iba á ser cierta, y una ingenua ambición espoleó su alma de niño. Quiso improvisarse personaje en pocos días. Antes de aprender á leer, el niño se hace gorros y bocamangas con galones. Es humano. La raza negra, que estaba entonces en la infancia, copió fatalmente la infancia de las otras razas. El enfermo que tras largas semanas de llevar en cabestrillo el brazo, recibe permiso del

médico para utilizarlo, puede, con el ansia de cerciorarse de su completa curación, abusar de aquel permiso, y comprometerla neciamente. El caso es común y basta á convencernos de él la observación diaria. Algo parecido debió acontecerle á la raza negra, privada durante largos años del uso de su libertad y recibiendo repentinamente el derecho de proclamarla y de vivirla. Extremóse tanto, en el principio, el ejercicio de la divina facultad reconquistada, que los negros estuvieron á punto de perderla nuevamente y para siempre. De entonces datan ciertas cortapisas y medidas atentatorias al derecho recientemente concedido, que, si una prudencia irreflexiva y miedosa dictó á los blancos de aquel tiempo como necesarias, ya en la actualidad no se aguantan más que en virtud de una verdadera injusticia social. En cuarenta años la raza negra ha entrado en posesión de sí misma y los niños de entonces están tocando á su mayor edad. El camino andado y los adelantos hechos, desde aquella época, son la mayor garantía que puede ofrecerse al Gobierno de los Estados Unidos para convencerle de que nada se pierde por